

Herodes le interroga,
 Y le manda vestir túnica blanca,
 Una caña por cetro dá á su mano,
 Y doblando por mofa una rodilla
 "¡Dios te salve, le dice,
 "Rey del pueblo judío!
 "¿Por qué no haces milagros aquí ahora?
 "Muestra tu poderío,
 "Ese templo destruye
 "Y con milagros á tu rey arguye."

Ya de Pilatos vuelve á la presencia
 El Supremo Hacedor del universo
 Y le manda azotar; y aunque conoce
 Que es inocente de delito y culpa,
 Lavándose las manos,
 A muerte le sentencia despiadado,
 ¡Muerte de cruz, ignominiosa, horrible,
 Ante la cual el cuerpo se estremece,
 La sangre no circula,
 El alma desfallece.....!

"Ved aquí al hombre" diceles Pilatos
 Presentándolo al pueblo en sus balcones,
 Coronada de espinas la cabeza,
 Desnudo y azotado,
 Bañado en sangre su divino cuerpo,
 Cárdeno el rostro, sin aliento el alma:
 "¡Ved aquí al hombre!" mas la turba impía,
 "¡Crucifícale! grita, ¡crucifícale!
 "¡Caiga su sangre, caiga gota á gota
 "Sobre nuestra cabeza y nuestros hijos!
 "¡Que muera quien al pueblo
 "Con sus falsas doctrinas alborota!!"

CAPITULO XXI.

MUERTE DE JESUS.

¡Ardiendo el sol sobre el cielo tristísimo de
 la Palestina, derrama torrentes de fuego de su a-
 brasado disco!

¡Despiden las piedras y la tierra un vapor
 plomizo, muy semejante al que despide el cráter
 combustente de un volcan en erupcion!

¡El viento del Líbano y las brisas del Tor-
 rente huyeron: ni una hoja se mueve, ni una ave-
 cilla canta en los bosques de la ciudad maldita!

Solo se oye, de cuando en cuando, el lúgubre
 sumbido que causa el pesado volar del águila, que
 cruza lentamente el horizonte en busca de una ro-
 ca ó el agudo silbar de la jaspeada serpiente, que
 desenrollándose levanta su redonda y achatada
 cabeza, dejando ver su afilada y venenosa lengua.

¡Triste está Jerusalem! mas triste que un lu-
 gar de tumbas; mucho mas triste que el gemido
 de una madre, á quien arrebatan un hijo de sus
 brazos!

De la casa de Pilatos, como bandada de bui-
 tres sobre su presa, sale una multitud de judíos,
 llevando en el centro á Jesus, con la cabeza hecha
 mil pedazos por las agudas puntas de una espino-

sa corona, la pesada cruz sobre el hombro y una nudosa soga al cuello.

Jesús, no es ya el bellissimo Niño á quien los zagales adoraron en la humilde gruta de Belén: no es el precioso Niño á quien los Doctores escucharon embelesados bajo las altas bóvedas del Templo de Salomón: ni tampoco es el que había logrado poco ántes conmover el corazón de la Magdalena.

Su cuerpo en que se ven los ángeles, está despedazado; su carne hecha girones y su rostro amoratado; sus ojos garzos y dulces, hundidos en las órbitas parecen haber perdido su luz; las fuerzas le abandonan á cada momento.

Tres veces cae con la cruz sobre la dura tierra, y otras tantas le levantan con furia los sallones que le cercan.

Su amargura es grande, muy grande; pero aun lo es mas cuando ve que su Santísima Madre viene á encontrarle con los ojos anegados en lágrimas y el pecho rasgado por agudísimos dolores.

A su sola vista se siente desfallecer. La ve pálida, convulsa y temblando como la hoja del árbol azotada por el viento; y gruesas gotas de sudor corren por su cárdena mejilla: oye sus débiles gemidos, y el corazón se le parte en pedazos. Pero no le es dado mitigar el dolor de su desventurada Madre; porque ella tan inocente y tan pura, está destinada por los decretos del Altísimo á presenciar el sacrificio expiatorio de su Hijo Santísimo y á regar con sus lágrimas virginales el árbol santo de la cruz.

Al acercarse á la puerta Judiciaria, los ayes

que se arrancan del pecho de algunas mujeres piadosas que le siguen, le hacen volver el rostro: «¡Hijas de Jerusalem, les dice, no lloreis por mí; llorad por vosotras y por vuestros hijos!»

Hacia el Occidente se eleva un árido monte, donde ni las ortigas crecen, ni las aves cantan: el monte de las Calaveras, llamado así por ajusticiarse en él á todos los delincuentes.

Jesús llega hasta su enlutecida cumbre, donde, despues de aplicar á sus divinos labios hiel y vinagre, le desnudan y le clavan en la cruz.

El mas afilado puñal no habría ocasionado dolor mas agudo en el corazón sin mancha de María que los golpes del martillo: ¡No murió entonces la Santísima Virgen porque el Eterno Padre la sostenia, mientras la sujetaba á tan terrible prueba!

Levantan la cruz y la colocan en lo mas alto del monte como trofeo de victoria.

Gestas y Dimas se hallan crucificados tambien al lado de Jesús, ladrones ambos, ambos criminales.

Gestas le injuria, y Dimas que le oye le reprende diciendo: «No injuries al Justo que no ha merecido la muerte, digna solo de tí y de mí.»

Sobre la dura roca, casi muerta de dolor se halla María, muy cercana á la cruz.

Juan y Magdalena le contemplan llorando.

Siete veces se abren los labios de Jesús: ora, perdona y decreta su última voluntad en favor de la miserable humanidad. Perdona á Dimas, ofreciéndole el paraíso, y nos dá por madre á María.

¡Qué cambio tan triste para María! ¡Sustituir al Señor con el esclavo, al Rey con el vasallo, á un Dios con un hombre, al Hijo amado con el discípulo.!

El reloj de los tiempos marca tres campanadas que resuenan lúgubres y terribles en el corazón de la Madre. ¡Jesus espira.!

El velo del Templo se rasga, sacudido en sus cimientos por un espantoso terremoto: las peñas se dan unas con otras, arrojadas fuera de sus sitios: los muertos abandonan sus tumbas, apareciendo sobre la tierra: la atmósfera se condensa, hasta ocultarse el sol y la luna, con una capa enrojecida plomiza.

Nadie puede tenerse en pié. Las aguas del Torrente agitadas por el terremoto parecen prontas á fugarse de su cauce: las palmeras y los cedros casi tocan al suelo con su ruidosa copa; y muchos de los que se hallan en el monte confiesan la divinidad de Jesucristo.

Pero ya cesa el terremoto; todo vuleve á su estado natural.

El sol rompe las tinieblas que le cubren y vuelve á brillar, pero triste y opaco, cual si el trastorno de la naturaleza le hubiera arrebatado la mitad de su brillo.

Un soldado se acerca á Jesus; y para satisfacer al pueblo de su muerte, le rasga el costado izquierdo con una lanzada que le dá.

Agua y sangre manan en abundancia de aquella herida de amor.

Copiosa lluvia de bendiciones; fuente fecunda en bienes para la miserable humanidad!

Poco á poco vá retirándose del Calvario la multitud farisaica.

El monte queda desierto, por decirlo así, y sumido en un profundo silencio, silencio que solo es interrumpido por los sollosos y suspiros de la atribulada Virgen, que acompañada de S. Juan y de Magdalena, permanece sobre las rocas calcinadas, al pié de la cruz, donde el Libertador del mundo derrama aun el inestimable tesoro de su bendita sangre.

¡Tres horas pasan lentas y terribles para la Virgen mártir del Calvario!

Ve á su Hijo pendiente en lo alto de la cruz, sin tener licencia para bajarle; pero aunque la tuviera, ¡quién podría desclavarle, careciendo como carecia, de escala, tenazas para sacar los clavos, y otros instrumentos que le eran tan necesarios?

¡A quién volverá sus ojos la paloma solitaria del desierto, si ya ha perdido al amante de su corazón?

Sus ojos se vuelven á menudo hácia la ciudad impía en busca de alguno que piadoso pueda socorrerla en tan terrible angustia.

Las sombras de la noche comienzan á dibujarse sobre los montes.

Pronto será de noche, y se verá precisada á permanecer en aquel sitio, regado con sus lágrimas y enrojecido con la sangre de su inocente Hijo.

¡La acerada punta de la espada de Simeon,

no le fue nunca tan terrible como en esas amargas horas de pobreza, soledad y angustia!

José de Arimatea y Nicodemo, jueces ambos del Sanedrín y, secretamente, discípulos de Jesús, inspirados por el Altísimo, llegaron a la presencia de Pilato, para pedirle el cuerpo divino de su Maestro.

Pilato accedió a su petición, y Nicodemo comprando cien libras de mirra y acibar, y proveyéndose además de lienzos y sabanas, se dirigió al monte acompañado de José.

Eran las seis de la tarde cuando bajaron al Señor de la cruz.

Maria Santísima le recibió en sus brazos, ¡qué comparación tan dolorosa hizo entonces entre su pasado y su presente!

Treinta y tres años hacía que le había estrechado por primera vez a su amoroso seno, en el establo de Belén.

De allí a entonces ¡cuántas veces había acariciado su divina cabeza! ¡Cuántas horas le había arrullado en su puro regazo! y qué ocasiones había impreso sus labios, nacarados como la flor del terebinto, en su tersa frente!

Ahora le tenía en sus brazos, ¡pero como y en qué estado?

Su cuerpo se hallaba hecho mil pedazos; casi no se atrevía a tocarle temerosa de causarle dolor, porque la inmensidad de su amargura y de su amor le representaba á su imaginacion capaz de sentir.

Nicodemo embalsamó el cuerpo de Jesús con la mirra y el acibar que había llevado; le cubrió de lienzos aromatizados con aquel precioso bálsamo, y le envolvió en unas blancas sabanas de lino.

José, que era poseedor de un sepulcro nuevo, construido en el centro de un huerto, ayudado de Nicodemo, le sepultó, colocando después una losa sobre el sepulcro que guardaba tan divinos restos.

Ya era de noche cuando María descendió del monte con el corazón transido de dolor.

Al llegar á la ciudad, encontró una guardia pretoriana que salía con direccion al Calvario.

Era la que el pueblo judío mandaba para velar el Santo Sepulcro, temeroso de que los Apóstoles robasen el cuerpo de su Maestro, haciéndoles creer despues que habia resucitado, como Jesucristo lo tenia anunciado.

SUPLICA

¡Oh, mi Jesús dulcísimo! de qué manera podré compensar tus sacrificios y tu muerte? ¡De qué manera retribuiré esa sangre preciosa derramada tantas veces y tantas veces pisoteada por mis culpas? ¡Cómo corresponderé á la inmensidad de un amor que te hizo humillarte hasta espirar como un criminal entre dos ladrones? ¡Oh, Jesús mio! mucho haz sufrido y muy mal he pagado tus finezas. Si contemplo tu sagrada cabeza, la veo coronada de espinas, traspasada por mil puntas

agudísimas: si atiendo á tus pies, manos y costado, los hallo manando sangre: si miro tu rostro, le miro desfigurado á fuerza de golpes y bofetadas: y todo tu cuerpo aparece à mi vista hecho una sola llaga. ¿Qué he hecho yo para merecer que sacrificases tu inocente vida por mí? Nada, Dios mio, nada mas que ofenderte; mas ya desde ahora me tienes á tus plantas, heridas por mi amor: quiero bañarlas con mis lágrimas, y como Magdalena, no separarme de ellas, hasta alcanzar el perdón de mis iniquidades. Amén.



CANTO XLIV.

LA RESURRECCION.

Su lecho de oro dejando el alba,
Del horizonte tras el confin,
Su faz asoma risueña y pura:
Le hacen las aves alegre salva,
Y corte le hacen á su hermosura
Las nubecillas de oro y carmin.

De su diadema brillante y bella
Rueda cuajado blanco cristal,
Brillantes puros en que se mira
De la mañana la blanca estrella,
La linda Espiga, la hermosa Lira
Que allá á lo lejos se ve brillar.

El velo oscuro de la alta noche,
Gasa flotante, negro crespon,
Cae á sus plantas, y poco á poco
Abren las flores su casto broche;
Y en los palmares de dulce coco
De parda niebla se ve un jiron.

La negra tumba Jesus dejando,
En una aureola de blanca luz,

Del antro oscuro sutil se aleja,
 Cual un suspiro, suspiro blando;
 Tras sí un perfume celeste deja,
 Ve hácia el Calvario do está la cruz.

Bajo las ramas del té y canelo
 La guardia toda dormida está:
 Y mil querubés sobre la roca,
 Flotar dejando su blanco velo,
 Ponen un dedo sobre la boca,
 Dulce silencio para indicar.

Más que mil soles, resplandeciente
 Sobre la loza, Jesús se ve;
 Sus ojos brillan con luz preciosa,
 Rayos despide su tersa frente,
 Su vestidura blanca ondulosa
 Plateada brilla sobre su pié.

Más casi al punto desaparece
 Sin que allí quede luz ni fulgor:
 Se sienta un ángel sobre la tumba;
 Vacila el orbe, y se estremece,
 En sus entrañas la tierra zumba,
 Y huye la guardia con gran pavor.

CAPITULO XXII.

DESPUES DE LLORAR.

¡Dora el sol las cimeras de los montes con
 los primeros reflejos que despide de su diamanti-
 na corona!

El gorjeo de las aves comunica alegría al huér-
 to donde estuvo sepultado el Hijo de María.

Una mujer, hermosa sobremanera; pero páli-
 da como el nardo, se halla sentada á corta distan-
 cia del sepulcro.

De sus ojos grandes, azules y bellos como el
 cielo de la Palestina, corren abundantes lágrimas,
 que van á perderse entre los ondulantes rizos que
 ruedan sobre su alabastrino cuello.

Suspiros mil se escapan de su pecho para
 perderse en la inmensidad.

¡Qué hace allí? Alma enamorada y tierna
 espera encontrar á su Amado; pero su Amado no
 parece.

¡Oh! exclama, ¿donde podré encontrarte á
 «Tí, centro de todas mis delicias? ¿Cuándo me se-
 rá dado volver á mirar tu divino semblante?»

«Enemigos terribles te han arrebatado de
 «mis ojos, sin ver que eras tú, la luz de su pupila!